

en representación de Sus Majestades, que, como regalo de bodas, han agraciado á los novios con el título de marqueses de la Fraternidad.

» Los recién casados, á quienes deseamos una eterna luna de miel, no saldrán por ahora de Madrid. »

.....

Días antes de la boda, don Juan y Consuelo rindieron un cariñoso tributo á la memoria de « la pobre Julia ». Como los baturros de Zaragoza, que dan una puñalada después de pedirle perdón á la Virgen del Pilar, cuando no mojando la navaja en la pila del agua bendita, don Juan y Consuelo concertaron darle una puñalada al recuerdo de Julia, después de exhumar sus restos y archivarlos en preciosa caja, que era amarilla con incrustaciones de oro y nácar. « Esta caja no se separará nunca de nosotros, decían ellos. ¡Pobre Julia. » Y la colocaron á la cabecera del lecho, que era la famosa cama de la Exposición de París.

La noche de bodas, solos don Juan en la cámara nupcial, entre los envites del amor honrado y las convulsiones del matrimonio honesto, ¡cuántas veces no oyeron indiferentes el tric-trac de los huesos de la « pobre Julia », sacudidos violentamente dentro de la caja amarilla!...

LA ORGÍA

El reloj de la Puerta del Sol, cuya luz se había apagado, parecía una calavera que miraba friamente á los transeúntes, señalándoles las dos de la madrugada.

El sereno de la calle de Fuencarral franqueaba la entrada de una casa á un caballero embozado... Una mujer, en la esquina de la calle de San Onofre, tuteaba á todos los hombres que iban por allí. Pasaba alguno que otro estudiante, maltrecho y aburrido, que abandonara en la Zarzuela á la tuna de San Carlos, y alguna que otra máscara grotesca y desarrapada. Dos luces lánguidas y polvorientas iluminaban el solar del número 30, enseñando el maderamen de la casa en construcción, y la enorme bota, muestra de la zapatería del número 39, que chorreaba agua.

El maderamen parecía á veces, por la proyección de las luces y de las sombras, un patíbulo

enorme que se perdía en las nubes, y á veces reflejaba en la pared figuras grotescas, esqueletos inmensos, grandes escombros, mientras la bota se agrandaba y su chanclo se extendía por la pared vecina, amenazando pisar el tejado de la casa. En el rincón de una puerta, alumbrado por el reflejo mortecino de un farol, se destacaba la silueta horrible de unos espejuelos, una capa mugrienta, un báculo, un pingajo con canas; y de allí surgía el trino quejumbroso de una flauta que pedía limosna. Hacía más de dos meses que no llovía, pero aquella noche caía agua de firme.

— ¡Maldita lluvia! decía una chica de diez y seis años de edad. Estoy perdida de barro, y lo peor es que con este chubasco los hombres no salen á la calle... ¡Lluvia más perra!

Las parduscas y raídas puertas del café X, de la misma calle, estaban entornadas. Por las rendijas, salpicadas de gruesas gotas de agua, asomaba un rayo de luz macilento y triste. De puertas adentro todo era bullicio y alegría. Allí se corría una broma, una huelga, para celebrar el carnaval.

De la sala se habían quitado las sillas, que encaramadas unas sobre otras aparecían en los rincones. Los mecheros de gas estaban adornados con florecillas artificiales. Con las mesas pequeñas se había formado, uniéndolas, una grande

colocada en lo más reservado del café, debajo de un tragaluz empolvado que tenía un cristal roto, por donde se colaba un aire desapacible y helado.

Lo demás del establecimiento no había salido de su estado normal. Sobre el mostrador, de madera chapeada de mármol, estaba la licorera con su docena completa de botellas de cristal blanco; una fiambarrera que contenía algunos panecillos fríos y rígidos como cadáveres de harina y algunos pedazos de queso; un timbre, un calendario, una lista, manchada y rota, de los precios del *restaurant* de la plaza de toros, y muchos platitos con azúcar.

Las dos puertas contiguas al mostrador estaban cerradas, enseñando sus forros rojos. Por la de la derecha se iba á las habitaciones interiores, cuarto de plancha y cocina. Por la de la izquierda se bajaba á la bodega, donde los toneles de vientres hidrópicos y grises destilaban por sus llaves aguardiente y vino. Para no perder una sola gota de alcohol, cada tonel tenía debajo un cubo de madera. El líquido que se derramaba al llenar las botellas, era recogido y se expendía al público. En el verano, estos cubos servían de baño á los hijos del dueño del café, y éste y su mujer se lavaban los pies en ellos.

De una de las paredes colgaba un reloj de cuco,

que sonaba pavorosamente. Un poco más allá, y suspendida de una de las puertas del mostrador, se veía una jaula con un mochuelo de ojos muy grandes, verdes y orlados de luto.

Un organillo, alquilado para la fiesta, tocaba frenéticamente la polka ¡st! ¡st! ¡st! cuyas primeras notas fueron saludadas con muchos *olés* y grandes salvas de aplausos.

Al rededor de la mesa había una hilera de cabezas femeninas, rubias y morenas, de jóvenes alegres, entre las cuales descollaba la Clarita, envidiosa de la vecindad y del barrio todo, que con cierto dejo de ironía y de mala intención la llamaba « la mujer honrada » porque jamás se supo de ella que tuviera novio ni anduviese en belenes, y si estaba allí, culpa era de doña Enriqueta que á título de tía suya, que sí lo era por línea materna, la había llevado á tal sitio, pero no sin hacer antes muchos distingos y dengues.

La Clarita, que por lo guapa era cosa de comérsela á besos, no era coqueta, pero sí limpia exteriormente. No, no era coqueta la Clarita. Sin embargo, en verano, su madre la había sorprendido muchas veces en camisa, mirándose voluptuosamente, con el pretexto de cogerse pulgas.

Algunas mujeres habían llevado á sus hijos pequeños que gritaban desaforadamente.

— ¡Á la cuna ese chico! ¡Esa señora del crío, á la cárcel! gritaba alguna voz cuando los chicos chillaban mucho.

Una chiquilla que vendía periódicos y billetes, y un perro hocicudo y baboso, cruzaban la sala voceando aquélla y ladrando éste.

Los comensales miraban con ojos de gula la lista de los platos. Había ternera en salsa de tomate, langostinos, jamón en dulce, alcachofas, tortillas, riñones salteados, vino tinto y manzanilla. El mozo Lorenzo se multiplicaba para servir á tanta gente. De la ternera y de los langostinos no quedaba *ni el olor*, como decía la Milagros; las copas no debían tener fondo, según el vino que se echaba en ellas. Todos las manos estaban debajo de la mesa. Las mujeres se aligeraban de ropa, y poniendo los ojos en blanco á cada requiebro de los hombres, les daban *finezas* con sus tenedores. Clarita, muy colorada, frotaba su cara sobre los hombros del joven que tenía á su lado. La Serafina, vieja octogenaria, miraba á las chicas, y el mochuelo fijaba en ella sus ojos verdes y penetrantes.

La borrachera era inminente. Del mostrador, sucio ya y salpicado de desperdicios, salía la cabeza de la dueña, escueta, morenucha y adornada de enormes orejas, que parecía una rata salien-

do de una alcantarilla. Su marido fumaba tranquilamente un puro, al cual se enroscaba un papelito con un letrero que decía: *non plus ultra*. En el suelo se veían charcas de vino y colillas de cigarros.

Un joven, con el chaleco desabrochado, echaba en una aljofaina copas de aguardiente, vino tinto, jerez, manzanilla, todo revuelto, y después de agitarlo con una cuchara, bebía de aquel menajurje, que él llamaba *tinieblas*. Otro joven se había puesto en mangas de camisa y rebañaba un plato con los dedos.

Gritaban los chiquillos, y sus madres les mudaban los pañales sucios, al mismo tiempo que comían; la vendedora de periódicos y billetes recogía las migajas que rodaban de la mesa, y el perro, después de olfatear los bajos de las mujeres, rastreaba babeando su lengua por el montón de inmundicias del suelo.

Tardaban en servir las tortillas, y la Milagros, impaciente, dijo á su amiga Patrocinio:

— Pero mujer, ¿has visto cuánto tardan en hacer las tortillas? Vamos á hacerlas...

Y cogiéndola de un brazo la llevó á la cocina, donde al par de los guisos humeantes y bien olientes, veíanse algunos platos de alcachofas mascadas, rebañados otros, carapachos de langostas,

desechos de riñones, cubos de agua mantecosa, pingajos, rodillas y escobas.

Se pedían nuevas raciones, y el vino desaparecía en aquellas copas sin fondo y se derramaba sobre la mesa. La mayor parte de las mujeres estaban mojadas.

Los hombres eran más atrevidos á medida que comían y bebían, y adorables las mujeres. Á Clarita no la hubiera conocido la madre que la parió. Estaba muy encarnada, con los ojos húmedos y entornados, y jadeante, sudorosa, con el traje y el pelo desarreglados, se reclinaba en los brazos de su compañero, ¡ella, la honrada, la honra del barrio! Su cabecita rubia se destacaba sobre el rojo del diván, una cabecita inquieta que gesticulaba y hacía monadas... Á veces interrumpía su charla para lanzar un *¡st! ¡st!* acompañando al organillo, que arrancaba prolongadas risas.

— ¡Manzanilla en ella! decía un libertino.

— ¡Todo se ha perdido menos el vino! exclamaba otro.

La Paca miraba, miraba. Sus ojos fríos é investigadores reflejaban un aplauso mudo, pero entusiástico.

Todo se veía como velado en aquella atmósfera excitante y voluptuosa, producida por las exhalaciones del café y de las comidas, el humo de

los puros y el olor sensual del amizcle mezclado con la traspiración de las mujeres, que habían bailado habaneras *íntimas* en la Zarzuela, y tenían las camisas húmedas de sudor. La mujer de Lorenzo se había puesto una chistera y daba la vuelta á la mesa hasta que desapareció de la sala, en compañía de un jorobado, mientras su marido, más borracho que una uva, juraba y perjuraba que no había en el mundo mujer más honrada que la suya...

Las demás dejaban hacer... y hacían que no veían, pegando en el suelo con los tacones de sus zapatos, acompañado aquel ¡st! ¡st! chulesco de la polka, que zumbaba en sus oídos y les hacía guiñar los ojos.

Sonó un beso muy fuerte, muy apretado y quedó luego vibrando, como si se rasgara algo, y era que la virginidad de aquellos labios rojos de Clarita se rasgaba al contacto de una boca apasionada y sedienta. Ella tomaba por lo serio el hacer á su marido (como le llamaba) el lazo de la corbata. No, aquel lazo no estaba bien hecho. Para arreglarlo, se arrodilló sobre el diván, teniendo entre sus manos la cabeza del *marido*... Pero ya le había puesto á su gusto la corbata. Ahora hacía la actriz. Contaba que estuvo en el Retiro y que vió allí una quisicosa cuyo título no

recordaba. ¡Diablo de título! Lo tenía en la punta de la lengua. Una actriz hermosísima se desnudaba delante de sus jueces. ¡*Frinea!* sí, eso es, ¡*Frinea!* yo soy *Frinea*, yo soy la Cecilia Delgado ¡yo! ¡yo! Y empezaba á desnudarse delante de aquellos jueces borrachos. De pie, en el diván, se desabrochó rápidamente el corsé, y, libres de la compresión, saltaron sus pechos, blancos como la leche y temblosos como la gelatina.

— ¡*Consumatum est!* gritó una voz estudiantil.

El gas, retorciéndose como una culebra, huyó de los mecheros dejando la sala á oscuras. Silencio prolongado... Sonaron de pronto respiraciones fatigosas, y lascivas, ruido de besos que crujían en el espacio como aristas rotas, risas nerviosas, un ¡*suéltame, que grito!* el estrépito de copas que rodaban al suelo, suspiros comprimidos... y subía un olor fuerte, voluptuoso, embriagador... Nuevo silencio... El perro lamía las últimas sobras de la mesa. El cuco contó las cuatro con voz burlona y cascada; y en aquella oscuridad destacábase un punto luminoso y horrible: los ojos del mochuelo, fijos y fosforescentes, semejantes á dos estrellas verdes que iluminaran de noche un cementerio.

MIS MUERTOS

I

Anoche contemplaba yo solemne y respetuosamente una larga hilera de fotografías de mis antepasados.

Sentado frente á una mesita que tiene tapete verde, con los retratos en la mano izquierda y repasándolos con la derecha, me figuré que estaba tallando. Pensé con miedo en la autoridad; pero pudo más el sentimiento, y seguí tallando con la baraja de la muerte.

Recordé el día de difuntos; recordé también que los vivos tenemos el deber de llevar coronas á los muertos. No sé por qué, pensaba yo, se ha de dar preferencia á ciertos finados, generalmente á los que « nos tocan » más de cerca. El egoísmo es tan grande que no se detiene á las puertas del cementerio. No entramos allí á cumplir un deber

religioso y triste; entramos á festejar restos humanos, polvorientos y roídos, que son despojos de nuestros afectos, de nuestras pasiones, acaso de nuestros vicios... Esa coronación del día de difuntos significa culto á la materia que ha muerto... significa también culto á la materia que vive. Puede ser signo de cariño, puede ser asimismo signo de remordimiento y, á las veces, causa y motivo de hilaridad... He visto á una viuda, que fué mala esposa, coronando la tumba de su consorte. — ¡Ni aun después de muerto y carcomido se verá libre de las coronas! — He visto también á un marido derramando lágrimas sobre la tumba de « su » hijo, que lo era del vecino. Más que apoteosis de lo que perece en la tumba, esa fiesta es apoteosis de lo que está en el corazón...

Todos los parientes muertos merecen el mismo respeto, los mismos honores... ¿Por qué el padre ha de tener más derechos que el tatarabuelo?

Yo no sé de nadie más respetable que un tatarabuelo. Si existió el Adán del paraíso, ¿quién con más derecho que él á tener una corona? Si no existió ese sujeto y sí el otro Adán, el mejicano (según Lenormant), tenemos la obligación de ir á Méjico á poner coronas y derramar lágrimas sobre la tumba del padre más padre que se ha conocido.

¡Qué conflicto! Aun descartando de la baraja aquellos antepasados « que se pierden en la noche de los tiempos », suman un número respetable, en cada una de las familias, los que hay que coronar. Si todos estos difuntos, decía yo mirando los retratos, estuvieran enterrados en este pueblo, tendría que llevar las coronas en un carro de mudanzas. Estando, como está, la mayoría en el Sur americano y en Francia, para cumplir con todos, enviando una corona á cada uno, tendría yo que fletar un bergantín y tomar todo un tren de mercancías. Lo primero resultaría una extravagancia; lo segundo saldría muy caro...

Tamaño inconveniente me hizo desviar el curso de mis reflexiones... Del fondo del retrato de mi abuelo paterno, con sus ojos azules y fríos como gotas de un lago dormido, y su boca burlona y fina como cinta de papel en donde la ironía hubiera pegado sus libros, me pareció ver surgir una sonrisa que quería decirme : « En vez de ponernos coronas que nos tienen sin cuidado, ¿no sería más razonable que se las pongas á los que moralmente mataste en vida? »

— Sí que lleva usted razón, abuelo. Lo que es usted, muerto y en tarjeta, habla todavía mejor que un libro.

Y abriendo un armario saqué otra baraja de

retratos, nuevos, lutosos, bonitos, muy de moda. Estas gentes no existen para mí, decía yo; pero la verdad es que no faltó quien me dejara el cuerpo cosido á puñaladas... ¡Cómo se defendían antes de perder la vida!... Ya están bien muertas y enterradas... ¡oh! ¡cuánto daría yo por resucitar algunas!...

II

¡Interesante busto! Éste era un poeta pacífico que publicó un tomo lírico para pedir... no recuerdo qué cosa; y yo le salí al paso con una porción de atrocidades...

— En vez de pedir con la lira, le dije, pida usted con la guitarra y cantando *vivitos y coleando*, ó exhibase usted en la calle de Alcalá como la mujer-carnero.

No cantó más el vate, y luego se murió de sentimiento en las márgenes de un arroyo indecente. ¿Qué daño me había hecho? Absolutamente ninguno. Yo tenía entonces un humor tan insoporrible, que me costaba trabajo vivir en paz conmigo mismo.

Una difunta... Ya recuerdo quién es : ¡no había de recordarlo al ver esa cabeza que tiene tanta luz! Era una chica muy sentimental y bucólica (en la acepción poética de la palabra). Estába-

mos en Londres, muy cerca de Victoria-station, en una casita de campo; frente había un palomar. Un palomo y una paloma se cogieron del pico y se balancearon en el espacio...

— ¡Hermoso! ¡Hermoso! me dijo ella, ¡celebrar las bodas en el vacío, entre efluvios de nubes rojizas por el sol naciente, bajo terciopelo azul del cielo, y en amoroso deliquio caer juntitos al pie de un rosal recién abierto ó sobre el follaje con perlas del primer rocío de la aurora!...

¡Qué atrocidad! pensé yo; esta chica es capaz de querer que nos arrojemos por el balcón.

— Aguarda, aguarda un poco, le dije; voy á coger los pichones cuando caigan al suelo.

Bajé, y aprovechando la salida de un tren rápido, me fui camino de París. Ella brilló durante algún tiempo en Argyll-Rooms, y después... pensando en los palomos que se balancearon en el espacio, se tiró de cabeza desde la torre de Londres.

¡Bonita colección! Éstos fueron funcionarios públicos á quienes dejó cesantes un artículo mío. Veamos el artículo... ¡Qué atrocidad! Los funcionarios serían deficientes; pero el artículo es un abuso. Me siento muy conmovido y apesadumbrado... ¡si yo pudiera emplearlos en el cielo, á la diestra de Dios padre todopoderoso!...

¡Figura eminentemente dramática! Esté ciuda-

dano había publicado una quisicosa con el título de drama.

— ¡Eso no es drama! le grité yo; usted está viejo; póngase bien con Dios; prepárese á morir como buen cristiano.

Y en seguida se murió... ¡del susto! Era buen amigo de mi familia... Y este señor ¿quién es? ¡Ah, sí!... aquí hay una papeleta : «... Don... solicita celebrar acto de conciliación con don Luis Bonafoux y Quintero, abogado y escritor, sobre injuria hecha á aquél en el número... del periódico *El Español*. » ¡Pero si yo, no he injuriado á nadie, que recuerde al menos! Á ver, repasemos el artículo... ¡Qué disparate! Eso lo escribí desde una barricada, ó yo estoy loco. Lo primero que haré en el otro mundo será buscar á este personaje para darle la satisfacción que le negué en vida. Pobre señor : ¡si tiene cara de haber sido tan hombre de bien!...

¡Diablo! esto es una partida, casi un ejército. ¡Qué caras!... Si yo fuera devoto de las frases de efecto, diría que parecen hechuras de una papeleta mojada en disolución de envidia y de idiotismo. Ésta es la jauría de perros que nunca faltan; gente que se arrastra en la llanura, y sin poder mirar á la cumbre de miedo á cegar, se empeña en que nadie alce el vuelo, y ladra en

la hondonada; ésta es la reproducción de la especie de aquellos compatriotas de Heine, á quienes deseaba ver colgando de las ramas de sus árboles. *R. I. P.* ¡Pero, no, que viva y se perpetúe la especie, y sea eterno en la llanura el pueblo de idiotas y de esclavos!

¡Qué borroso está este retrato!... Voy á retocar su contorno con esta tinta violácea... Apenas se distingue ya el rubio de los cabellos. Sin embargo, los conozco... y los he besado tanto, que me han aliviado el luto de algunas hebras del bigote. ¡Pobre!... ¡Pobre!

Una lágrima henchida de sentimiento me sureó la cara y fué á rodar sobre una burbuja de tinta que temblaba en las puntas de mi pluma; descompuso el color de violeta, y formaron juntas una gruesa gota, parecida á una lágrima del corazón, la cual, cayendo bajo su propio peso, resbaló por la superficie del retrato. Al levantarme para buscar algo con que enjugar aquella debilidad de carácter, fijé la vista involuntariamente en la fotografía de mi abuelo paterno. Sus ojos, azules y fríos, tenían el tono mimoso de un celaje de otoño; había desaparecido la sonrisa de su boca, y presentaba ésta el aspecto de una hendidura tierna y jugosa : me pareció que mi antepasado tenía muy abiertos los brazos, como si

forcejeara para salirse del retrato y estrecharme con ellos. Entonces me sonreí como él... bailando los ojos.

— Parece que se ha puesto usted muy serio, abuelo, mientras he removido el osario. No sea usted niño... mañana compraré las dádivas para mis muertos...

III

Á tiempo que yo regresaba á casa á embalar mi cargamento de coronas, mientras decía para mi conciencia :

No os podéis quejar de mí
Vosotros á quien maté,

vi en la calle del *Desengaño* (de Guayama), á don Eleuterio Lugo, vate del pueblo.

— Caballero, le dije muy emocionado; ¡caballero!... yo soy un gran corazón... ¡permítame que principie por usted, poniéndole esta coronita!